

MIRET MAGDALENA

REVOLUCION RELIGIOSA

Hemos vivido los cristianos, sobre todo estos últimos diez siglos de la Iglesia, bajo la influencia creciente del evasimismo.

Y si antes no fue así, únicamente ocurrió porque estaba más viva la influencia del pensamiento cristiano que la del paganismo griego que nos hizo olvidar que nuestra religión era una religión con los pies puestos sobre la tierra.

La religión —cristiana o no cristiana— ha sido, en demasiadas ocasiones, un escape de nuestras tareas humanas. Feuerbach tenía razón al decir que es frecuente que «el hombre pobre posee un Dios rico», porque el abandonado de la fortuna, el hombre que sufre una situación infrahumana de subdesarrollo económico, o el que padece la injusticia por estar esclavizado por la sociedad, o el que es un autómatas de la propaganda política, comercial o religiosa tiene, en el fondo de su inconsciente, una serie de deseos legítimos insatisfechos que los proyecta en una imagen superior, que infantilmente le compensa sus propios problemas. Por eso tales dioses —tales falsos dioses— «son nada más que los deseos de los hombres» (Feuerbach).

Otras veces la religión ha sido el aliado complaciente de los poderes humanos, del dinero, del totalitarismo político o de las razas dominadoras. Necesitaban estos poderes de un Dios-gendarme para mantener tranquilas a las masas esclavizadas. Por eso han sido propagandistas de lo religioso tales dominadores del pueblo, aunque ellos no creyeran o fuesen cuando más unos mediocres creyentes. Voltaire retrató esta postura, de conveniencia social de la religión, con una lapidaria frase: «Si Dios no existiera, habría que inventarlo». Porque Dios les era necesario (ese Dios-gendarme, naturalmente) para mantener apaciguado al pueblo que querían dominar.

Pero todavía hay una más sutil reacción religiosa: la del que busca sólo el consuelo futuro ante los males de este mundo. La religión para muchos fue —y sigue siendo— un recurso necesario, exigido por los que tienen necesariamente que seguir viviendo en un valle de lágrimas, en medio de sus desgracias. Fue esta religión el lenitivo para su mala fortuna. La religión se presentó, en ellos, como una droga, fue —o es— «el opio del pueblo».

Hoy se vuelven a replantear las explicaciones que son puramente negativas para entender el hecho religioso cristiano. El teólogo protestante Opocensky me decía el año pasado que, en la Universidad de Praga —donde él enseña—, profesores marxistas y cristianos han llegado a algo parecido, tras un año de reuniones semanales en su seminario para estudiar el hecho religioso. Los creyentes han afinado su crítica de los aspectos negativos del fenómeno cristiano, y los no-creyentes han comprendido la insuficiencia de las explicaciones que ellos solían dar, ante el testimonio de estos cristianos auténticos.

Estamos en el tiempo en que un realizador de TV, como Marcel Bluwal, afirma: «Aunque soy perfectamente agnóstico, reconozco conscientemente que el hecho religioso es irreductible; no puede ser explicado, cuando es auténtico, nada más que por él mismo y no por sus deformaciones. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: el cristianismo, cuando es comprendido, asimilándolo vitalmente, es algo dinámico y encarnado; no es nada etéreo, evasivista ni aletargador. Sus implicaciones no terminan con la oración, sino en una acción concreta de cara al mundo. En una palabra: el cristianismo, que vive en el corazón de un verdadero cristiano, no se preocupa exclusivamente de las almas, sino pone una decidida atención en los cuerpos vivientes que sufren de enfermedad, escasez u opresión».

El cristianismo no es un platonismo de los espíritus desencarnados, que no se preocupase de los seres humanos en sus necesidades concretas. La Biblia —en la que bebe su sentido el cristianismo— «no conoce ninguna idea que corresponda al concepto del cuerpo, como morada del alma», despreciando aquél. El Libro Sagrado, «las denominaciones distintas de carne y alma no las contraponen entre sí como dos principios...; el pensamiento hebreo originario comprende al ser humano como una unidad viviente...; y a base de esta concepción de la unidad llega a ser posible, para el Antiguo Testamento, el valor de un modo muy positivo la vida física y material» (Leo Scheffczyk, El hombre actual ante la imagen bíblica del hombre, Herder).

Todavía Santo Tomás, en el siglo XIII, seguía esta corriente —a pesar de la influencia griega que recibió— y mantuvo la tesis de que el espíritu humano es un «espíritu corporal» (K. Rah-

ner, S. J.). De tal modo que, sin el mundo sensible, no podría haber ejercitado el hombre sus operaciones espirituales, ni hubiese adquirido conciencia de sí mismo. Es más, como recuerda el P. Sertillanges, O. P., un alma definitivamente separada de su cuerpo no es ni siquiera una persona.

Por eso me pregunto muchas veces: ¿en qué falsas fuentes se ha bebido el cristianismo católico, que hemos olvidado estas dimensiones terrenas que son básicas en él?

El poeta Péguy sostenía que «los verdaderos intérpretes del Evangelio no son los doctores, sino los santos. Y, ¿qué santos especialmente?... Santa Genoveva, pastora de Nanterre y guardiana de París; San Luis, hombre libre y rey caballero (el más anticlerical de todos los reyes, según el P. Chenu, O. P.); Juana de Arco, la doncella preocupada por su país... Todos ellos santos carnales... enraizados en la tierra, mezclados con la vida y negocios del siglo, dirigentes del pueblo y creadores de acontecimientos históricos dejando una huella en las cosas de este mundo» (P. Archambault, Ch. Péguy).

Si esto es el cristianismo, nuestra actitud debe ser entonces bien diferente de la que se nos enseñó cuando niños, y de la que se nos recuerda casi todos los días en las iglesias. El llamamiento «religioso» que debemos tomar totalmente en serio es, por el contrario, el que hicieron todavía no hace medio año los obispos del centro de Francia: «Hombres, sed hombres; por vuestra libertad, sed responsables de vosotros mismos, del mundo y de la historia», porque la gran luz que se nos descubre, con esta singular religión que es el cristianismo, es que «servimos a Dios, sirviendo a los hombres» (La Croix, 9 diciembre 1967).

La Iglesia toda —obispos, clérigos y fieles— debía repetir en cada situación (¿y quién puede escapar a esta necesidad de purificación y compromiso con esta realidad humana en cualquier lugar?) lo que han hecho y dicho los obispos bolivianos: «La timidez de la Iglesia boliviana —jerarquía y laicado— ha dejado pasar numerosas ocasiones de hablar con la claridad exigible; y, sobre todo, no ha dado el testimonio auténtico de compromiso cristiano en lo temporal, y esto es lo que ha contribuido a mantener esta situación».

Los grandes eclesiásticos que pasarán a edificar la historia positiva del cristianismo serán los que, como los diecisiete preladados del Nordeste del Brasil, o los setenta y siete sacerdotes franceses que allí trabajan, o estos obispos bolivianos, o el que fue pionero en Chile, Monseñor Larrain, se identifican con valentía con el arzobispo Monseñor José María Pires para decir: «Cuando se quiera ser fiel a Cristo, se tendrá que ser fermento. Y el fermento tiene que revolucionar a la masa, tiene que transformarla. Y, si esa masa fuera humana, los cristianos, para ser fermento, la tienen que transformar en pueblo consciente. Por eso los cristianos han sido acusados de subversión. A veces por sus propios hermanos en la fe» (Ecclesia, 2 marzo 1968).

«El mensaje cristiano —sigue diciendo el arzobispo del Brasil— no es de forma alguna el opio del pueblo, y prefiero mil veces la acusación de subversivo a la de opio del pueblo. Porque cuando dicen que somos subversivos, por lo menos podemos pensar que esta misma acusación fue hecha a Cristo en circunstancias muy parecidas a las nuestras, esto es: cuando combatía los privilegios de los grandes de su tiempo... El mensaje del Evangelio no es una anestesia, sino un fermento».

Esta transformación, necesaria en el mundo de hoy, no es sólo un cambio de mentalidad; es algo más drástico y más decisivo. Porque exige que seamos leales con la concepción encarnada, corporal, del cristianismo. Y si bien los hombres del siglo XX «no queremos que sea sangrienta», como tampoco lo quiere el arzobispo Pires, sí queremos —como él— que sea transformadora de todo orden de la sociedad que no sea bastante justa.

Si así piensan estos ejemplares dirigentes de la Iglesia, hace falta, entonces, que lleguemos a convencernos los hombres cristianos de nuestro siglo de que «es falso pensar que transformar las estructuras actuales sea sinónimo de subversión» (Monseñor Helder Cámara, arzobispo de Recife, Brasil).

Esta es la verdadera revolución religiosa —en el sentido de transformación radical— que han experimentado en sí mismos en el mundo de hoy muchos cristianos, y que quieren llevar a cabo en torno suyo.